



OLGA
SALAR

MEJOR
EDITORIAL
ROMÁNTICA
PREMIO
DAMA 2012

íntimos  enemigos

¿Quién conseguirá la vicepresidencia del grupo editorial Von? ¿Daniel que sufre de compromisofobia o Ariadna víctima de amorofobia?

Ariadna y Mónica son amigas desde que nacieron, sus padres son socios en el grupo Von, uno de los más importantes del país, que abarca desde una editorial, una cadena de radio, a varias revistas y un periódico. Daniel es el hermano mayor de Mónica y el amor secreto de Ariadna, aunque él nunca la haya visto como una chica, sino como a la amiga de su fastidiosa hermana pequeña.

Varios años después pasarán el verano en Roma juntos, y algo sucederá entre ellos que les cambiará para siempre, aunque ellos aún no lo sepan. Después de ese encuentro Daniel no volverá a verla hasta muchos años después, pero no se encontrará con la misma Ariadna, ya no es la chica anodina que él conoció, sino una mujer preciosa y segura de sí misma que ha regresado para plantarle batalla. Deberán competir por la vicepresidencia del grupo empresarial de sus padres dirigiendo dos revistas del grupo relacionadas con la moda y la alta costura.

A mi madre,
por enseñarme a amar la literatura

Prólogo

Abril de 2000

—Eres un idiota, Daniel —le acusó Ariadna molesta, con las manos apoyadas en la cintura y los ojos brillantes por la ira. La sangre se había acumulado sobre sus pálidas mejillas, que se veían ahora coloradas.

—Y tú una cría —anunció él condescendiente.

Se sintió importante, mayor, maduro, pues tenía casi tres años más que Ariadna y ya había superado esa etapa infantil en la que ella todavía vivía y que parecía poco dispuesta a abandonar.

Ariadna se sintió insultada: no era lo mismo llamar a alguien idiota que ser tachada de cría; lo primero era perdonable y demostrable, lo segundo era una afrenta que la hería en lo más profundo, y que demostraba que efectivamente, él era un idiota. La rabia hizo que apretara los dientes con fuerza cuando comprendió que era así como él la veía, como una niña... No se había dado cuenta de que a sus quince, ya era casi una mujer. Un pensamiento rozó su mente intentando consolarla: que él no hubiese sido capaz de verlo, no quería decir que no lo fuera, aunque serlo o no, servía de muy poco si él seguía ignorándola.

Daniel sonrió complacido, sabedor de que había dado en el clavo con la provocación, sin entender hasta qué punto había pasado el límite para convertirse en un insulto en

toda regla. Ariadna era igual que su hermana Mónica, esa era la ofensa que más les afectaba. Con sus minifaldas y sus tacones, creían ser mujeres de los pies a la cabeza cuando no eran más que unas niñas jugando a ser mayores, sobre todo Mónica. Ariadna al menos no se pintaba como una puerta ni se vestía con ropa de catálogo como las de las modelos de las revistas, que sin las curvas necesarias para lucir ropa ceñida le hubieran sentado tan mal como a su hermana, o tal vez peor, dado que ella era más delgada y tenía menos pecho. Solo sus enormes ojos verdes y su inteligencia la hacían diferente al resto, lo que no era nada en una edad en la que las hormonas dictaban los gustos de los chicos. Quizá, consciente de ello, vestía con ropa que le venía grande y con colores poco llamativos.

En realidad le caía bien, y eso era más de lo que podía decir de su hermana, que se pasaba el día colgada al teléfono o revoloteando detrás de sus amigos como si alguno de ellos fuera a interesarse por ella. Imposible, era una regla universal que todo amigo tenía clara: las hermanas eran intocables, y si eran tan pesadas como Mónica, mucho más.

—Adiós, Daniel —se despidió ella con la voz temblorosa, como si estuviera aguantándose las lágrimas.

Con la nueva situación de sus padres, Ariadna iba a marcharse de su país, a separarse de sus amigos y a cambiar de instituto. No obstante, de todos esos cambios el que más le dolía era tener que alejarse de Daniel. Que él no se diera cuenta de que existía no quería decir que ella no se hubiera fijado en sus ojos azules y en su cabello castaño claro peinado con gomina para darle ese toque de recién levantado que hacía que su corazón latiera desbocado, y que las manos le sudaran sin parar.

—Espera Ari —le pidió él acercándose hasta ella y usando por primera vez un diminutivo de su nombre—. ¿Te veremos este verano? —preguntó repentinamente interesado en la respuesta.

—No, será Mónica la que venga a Londres para que pasemos un mes juntas. Así aprovechará para practicar inglés. Tu madre y la mía ya lo han arreglado todo —le explicó con las rodillas temblorosas ante su inesperada proximidad. Estaba tan cerca que podía oler la colonia que llevaba puesta y percibir el calor que desprendía su cuerpo. Archivó la sensación para recordarla más tarde cuando estuviera lejos y Daniel no fuera más que un doloroso recuerdo.

—¿Sabes? A lo mejor te echo de menos —le confesó él sorprendiéndose a sí mismo con sus palabras. No es que no fuera cierto lo que acababa de decir sino que simplemente no se había dado cuenta de ello hasta ese mismo momento en que habían escapado de sus labios.

—A lo mejor yo a ti también —concedió ella, tímidamente.

«*Mentirosa*» se acusó a sí misma, sabía perfectamente lo mucho que iba a extrañarle. Se aguantó las lágrimas que se agolpaban en sus ojos al pensar en todo lo que iba a dejar atrás, y sonrió tristemente. Intentando contener el nudo de desconsuelo que sentía en la boca del estómago.

Daniel alzó una ceja con picardía, mientras se acercaba más a ella, sus ojos azul oscuro clavados en los verdes.

—Esto es para que te resulte más fácil recordarme —murmuró en un susurro apenas perceptible, si Ariadna no hubiese estado tan pendiente de su boca seguramente no lo hubiera escuchado.

Antes de que ella pudiera replicar una respuesta o comprender lo que iba a hacer, Daniel posó sus labios sobre los de Ariadna, que se había quedado paralizada por la sorpresa. Ni en un millón de años hubiera creído que él la besaría. En sueños lo había imaginado muchas veces, los besos que habían compartido entonces, habían sido muchos y variados: delicados, apasionados, amistosos, inesperados... Pero los sueños eran algo remoto e inalcanzable. No obstante, lo que estaba sintiendo era real y superaba con creces cualquiera de sus fantasías.

Daniel presionó sus labios con insistencia para que ella separara los suyos, y en cuanto lo hizo, sumergió la lengua en su boca. La sensación fue sobrecogedora para ambos. Ariadna no sabía como ninguna de las otras chicas a las que había besado antes, era suave y cálida, acogedora. Su sabor hacía que el vello de su nuca se erizara y que una serie de ideas tontas invadieran su cabeza, descontrolando sus reacciones. ¿Desde cuándo la amiga de su hermana se había convertido en alguien interesante que besaba tan bien? Se separó de ella con un empujón poco amable, aturdido por las sensaciones que le había despertado el beso. Un beso que no había planeado con una chica a la que nunca había mirado de ese modo, o para ser más exactos, alguien a quien no se permitía mirar de ese modo.

—¿Daniel, qué pasa? —preguntó ella confusa por su reacción.

—Adiós Ariadna, buen viaje —se despidió dándose media vuelta y alejándose a toda prisa de allí.

Capítulo 1

Roma, Julio de 2002

El *hall* del hotel era un continuo ir y venir de turistas que llegaban buscando refugio del abrasador sol de la tarde.

El recepcionista miraba curioso a las cuatro personas que estaban sentadas de cualquier manera en los sillones reservados para que los huéspedes pudieran leer la prensa o simplemente olvidarse del calor que hacía fuera. Tuvo que fijarse mucho para comprender que la persona de pelo corto y oscuro, que había sido tan amable con él cuando habían tropezado al salir del comedor del desayuno, era una chica. En el breve instante en que se habían disculpado los dos, Giacomo había notado que algo no encajaba, a simple vista parecía un chico, pero no lo era.

Vestía ropa holgada y bastante masculina, vaqueros anchos y camiseta de manga corta varias tallas más grandes de lo adecuado, pero su voz dulce y aflautada no era para nada la voz de un varón. Y es que una vez que uno se fijaba en su perfecta piel y en sus ojos verdes, era fácil distinguir que se trataba de una chica con una belleza serena que se esforzaba mucho por pasar desapercibida.

Giacomo estaba seguro de que sería una auténtica preciosidad si se tomara la molestia de arreglarse un poco y resaltar sus cualidades naturales. Lo llamativo en ella era que a pesar de su ropa masculina, sus gestos y movimientos eran gráciles y elegantes, al igual que su voz cuando le pidió disculpas en un perfecto italiano. Siguió observando

al grupo en el que se encontraba la chica misteriosa, que tan intrigado le tenía, algo bastante notorio teniendo en cuenta que Giacomo había visto de todo en sus años en El Imperial.

Había otra muchacha más en el grupo, una rubia que a diferencia de la morena, destilaba feminidad de la cabeza a los pies. Su cabello largo y dorado, sus ademanes coquetos... Los otros eran dos chicos, que parecían un poco mayores que ellas, Giacomo acostumbrado a tratar con el público, calculó que tendrían un par de años más. Ambos vestían como cualquier adolescente corriente, con vaqueros y deportivas. No fue por su físico por lo que siguió estudiando al grupo. Lo hizo, además de porque la chica morena le había llamado la atención y había despertado su curiosidad, porque las reacciones del cuarteto también eran, cuando menos, entretenidas.

El grupo oscilaba entre la animada charla y los silencios tensos. Giacomo no tenía muy claro si estaban discutiendo acaloradamente o simplemente bromeaban entre ellos. La rubia estilosa se levantaba a cada minuto para pasearse frente al chico de cabello oscuro que parecía no enterarse de nada, puesto que tenía la vista clavada en la puerta de acceso al hotel con el único fin de no mirarla a ella.

Giacomo sonrió divertido por la escena y cambió su atención hacia los otros dos. La muchacha misteriosa y el que parecía el cabecilla del grupo, fingían interés en sus respectivas lecturas, pero no hacían otra cosa que dirigirse miraditas fugaces, con tanta sincronización que cuando uno levantaba la mirada el otro terminaba de bajarla. Giacomo volvió a sonreír, cada vez más entretenido con ellos. Después de más de siete años trabajando en el hotel, había visto toda clase de situaciones extravagantes y la que acababa de presenciar podía clasificarse perfectamente en la categoría de «jugar al gato y al ratón».

Suspiró cansado y miró el reloj, todavía le quedaban unas cuantas horas antes del cambio de turno, y no es que

se tratara de un día entretenido, ya que aparte de entregar llaves a los huéspedes que regresaban a sus habitaciones tras la comida, no había más movimiento que aligerara el paso de las horas. Giacomo se deslizó las manos por el cabello, resignado a su destino y volvió a clavar la vista en el ordenador que tenía delante. «*Ojalá la morena tuviera suerte*», pensó mientras revisaba las reservas para ese día, al fin y al cabo, estaba en una de las ciudades más románticas del mundo.

—Me vuelvo a la *fontana di Trevi*, aún tengo que pedir al menos tres deseos más y vosotros me aburrís —les comentó Mónica muy seria.

Los cuatro amigos llevaban ya una semana en Roma y esta era la tercera vez que Mónica iba a la célebre fuente a lanzar monedas y a pedir deseos. Aunque tampoco era de extrañar puesto que había hecho lo mismo en Venecia cruzando el *ponte dei Sospiri* alrededor de unas veinte veces y pidiendo un deseo cada vez que lo hacía, a pesar que ninguno de ellos había escuchado nunca que esa fuera una tradición de los venecianos.

Daniel resopló, estaba seguro que ni siquiera su hermana era capaz de tener tantos deseos acumulados. Mientras, Ariadna esperaba que Florencia, su próximo destino tras abandonar Roma, no tuviera también algún monumento emblemático al que su amiga pudiera ir cada día en peregrinaje.

La morena sonrió ante la idea y siguió con lo que estaba haciendo, en realidad con lo que llevaba haciendo desde que se había vuelto a encontrar con Daniel: fantasear con que él volvía a besarla, entre tanto le miraba disimuladamente escondida detrás de las páginas de la revista que estaba hojeando.

—Mónica no puedo creer que pienses que va a funcionar. Es solo una tonta superstición y un modo de recaudar

dinero para el mantenimiento de la fuente —la provocó Daniel riendo burlescamente.

Su hermana ignoró el comentario y alzó la nariz muy digna.

—¿Ariadna, te vienes conmigo? —le preguntó con la esperanza de que aceptara. La idea de ir sola por una ciudad desconocida no la atraía lo más mínimo, aunque la causa valiera la pena.

—Creo que no. Me duelen muchísimo los pies, voy a darme un baño largo y relajante a ver si consigo que mis músculos vuelvan a funcionar, además, estoy segura que si doy un paso más seguramente me quede sin dedos —la cara de desilusión de Mónica la hizo sentir mal, pero era realmente cierto que no podía dar un paso más sin romperse en pedacitos. Desde que habían llegado a Italia iban andando a todas partes, menos en Venecia que habían usado y abusado del vaporetto. Esa mañana habían andado tanto que tenía agujetas en músculos que ni siquiera sabía que tenía.

—Yo te acompañaré —se ofreció Sergio con una sonrisa arrogante—. Está lleno de turistas y con un poco de suerte y mi irresistible encanto, encontraré una cita para esta noche. ¡A vosotros os tengo demasiado vistos! —se quejó con fingida desilusión.

Mónica puso los ojos en blanco... ¿Para qué quería él turistas estando ella allí? Se había pasado todo el invierno riéndole los chistes, incluso se había decidido por la optativa de Informática en el instituto solo para poder pedirle ayuda, ya que Sergio se había matriculado en Informática en la Universidad. El amigo de su hermano era tonto... ¿Cómo no se daba cuenta de lo increíble que ella era? «*Porque eres la hermana de su mejor amigo. Nunca serás una chica para él*» se dijo cada vez más desilusionada. Se sentía estafada por Daniel, de todos los chicos que su hermano conocía, ¿por qué había elegido a Sergio como mejor amigo?

Una desconocida sensación de derrota se instaló en su estómago oprimiéndolo con fuerza cuando al fin comprendió que nada de lo que hiciera conseguiría que él olvidara ese nimio detalle. «¡Pues peor para él!». Volvió a erguirse más tiesa si era posible y fingió ante todos y ante sí misma que no le molestaba el comentario ni la intención de Sergio de buscarse una cita. Siempre se le había dado bien fingir que no le importaban las cosas que realmente lo hacían, y la única persona capaz de darse cuenta de ello, estaba demasiado pendiente de su revista y de su estúpido hermano como para recriminarla por ello.

—De acuerdo. Esta es la excepción que confirma la regla de «más vale sola que mal acompañada». —Sergio se iba a enterar, vaya si se iba a enterar de que además de hermana de... era una chica—. Pero dame un segundo que me cambie los zapatos, yo también tengo los pies molidos —añadió en un tono de voz de repente meloso y muy dulce. Ariadna levantó la cabeza de su revista y la miró interrogante, al parecer era la única que había captado la sutil diferencia, los demás seguían a lo suyo, Daniel con su periódico y Sergio pendiente de la puerta del hotel.

Este último sonrió a modo de respuesta, y Daniel ignoró a su hermana enfrascado en su lectura. Mónica se alejó hacia los ascensores con una risa calculadora en los labios y un brillo malicioso en sus ojos azules.

Permanecieron sentados en el *hall* del hotel, a salvo de las altas temperaturas de la calle, en los cómodos sofás que había frente a la recepción. Ariadna y Daniel siguieron leyendo, mientras Sergio seguía con la mirada clavada en la entrada, pendiente de los huéspedes que deambulaban por allí, o para ser más exactos, de las féminas a las que pretendía abordar en cuanto se diera la ocasión.

Diez minutos después, Mónica volvió a pararse frente a ellos, se había cambiado los pantalones capri que llevaba y se había puesto un top de tirantes rojo y una minifalda diminuta que dejaba al descubierto sus bronceadas piernas.

—¿Nos vamos? —preguntó mirando fijamente a Sergio con un brillo divertido en la mirada y una sonrisa pícaro en los labios.

—¿Y ese cambio? —le preguntó Daniel levantando con desgana la vista hasta su hermana.

—¡Oh! He decidido que yo también voy a buscarme una cita para esta noche —comentó ella con candor, no obstante, aunque respondió a su hermano, no apartó los ojos de Sergio, a quien realmente iba dirigida la respuesta.

Este se atragantó con la saliva que estaba tragando y Mónica sonrió inocentemente a Ariadna, que observaba todo en divertido silencio. Si él no se decidía a mirarla como ella quería, seguramente otro sí que lo hiciera. Había decidido seguir con su vida y no cerrarse ninguna puerta... Quizás unos pocos celos consiguieran lo que no alcanzaban ni las insinuaciones ni los comentarios directos, desesperarse nunca era una solución.

Habían pasado ya quince minutos desde que Sergio y Mónica se hubieran ido, y Daniel y Ariadna aún permanecían sentados en el *hall* del Hotel Imperial, manteniendo la farsa de que no estaban pendientes el uno del otro. Finalmente fue Daniel quien rompió la tregua.

—¿Quieres hacerme un favor? —preguntó inesperadamente al tiempo que se retorció las manos, nervioso y menos seguro de sí mismo de lo que se mostraba normalmente.

Ariadna sonrió cuando la idea de hacerle un favor se materializó en su cabeza como la escena de una comedia romántica.

—Claro —contestó al tiempo que se ponía en pie deseosa de llegar a su habitación y quitarse de una vez los zapatos. Y ya de paso, escapar de la profunda mirada a la que estaba siendo sometida.

No era buena idea quedarse a solas con Daniel, en esos momentos su cabeza comenzaba a funcionar sola y la realidad de lo que sucedía después no era ni de casualidad similar a lo que ella imaginaba. Mejor marcharse cuanto antes y ahorrarse lamentaciones después.

—No te cortes más el pelo, déjate largo —pidió Daniel sin levantarse de su sillón, pero sin apartar su mirada azul de los ojos de ella. Su rostro no mostraba ninguna pista de por qué le había pedido algo así.

—Vale —fue lo único que Ariadna fue capaz de contestar.

Se dio media vuelta y se dispuso a esconderse en su habitación hasta que sus amigos regresaran y fuera más fácil estar con Daniel. Eso era lo que llevaba semanas haciendo, evitar quedarse a solas con él. No quería escuchar alguna disculpa retrasada por el beso que le dio la última vez que se vieron, o ser testigo de algún coqueteo mal disimulado con alguna de las chicas que se le quedaban mirando embobadas. De modo que por eso huía cada vez que el destino se empeñaba en dejarlos a solas.

Daniel ajeno a las dudas de Ariadna, sonreía entre la diversión y la frustración, consciente de su error al mostrarse tan impulsivo. A pesar de que había aceptado, solo por llevarle la contraria, su amiga jamás se dejaría el pelo largo. No obstante, no pensaba demostrarle lo estúpido que se sentía por haber mostrado sus cartas antes de hacer la apuesta.

La sonrisa de suficiencia de Daniel cuando ella había aceptado complacerlo puso de mal humor a la joven, solo tenía dos años más que ella, ¿por qué narices iba de experimentado? «*Porque con una sola frase hace que te derrietas*» se respondió en un arranque de sinceridad personal.

En los dos años transcurridos desde que ella había abandonado España y se había instalado con su madre en

Londres, Daniel no había tenido ninguna novia que le durara más de un par de meses. Mónica la tenía bien informada de todo lo que pasaba en su vida. De acuerdo que la lista era larga, pero eso no le daba derecho a creerse superior ni a examinarla de ese modo o a hacerle comentarios misteriosos que le aceleraban el pulso y la respiración, para acto seguido mirarla como si fuera una niña que se había equivocado en una suma complicada.

Desde que habían vuelto a verse se había mostrado intermitente en su interés por ella, igual parecía atraído que indiferente y Ariadna no sabía a qué atenerse con su actitud. ¿Fingía interés o indiferencia?

Sin hacer el más mínimo comentario, esbozó una sonrisa incómoda y desapareció hacia la zona de los ascensores soñando con el tan ansiado baño relajante.

Ariadna se sumergió en el agua caliente y gimió encantada al sentir cómo se le destensaban los músculos. Hacer turismo en Roma en pleno mes de julio era casi un suicidio. Le dolían cada una de las articulaciones del cuerpo, entre el calor y los interminables paseos, se sentía derrotada, a pesar de ello estaba disfrutando al máximo de su visita a Italia, estar con sus amigos era lo que más había extrañado viviendo en el nebuloso Londres.

Seguía en la bañera, cuando cinco minutos después de haberse metido en el agua, llamaron a la puerta. Cerró los ojos decidida a ignorar a quien fuera que estuviera interfiriendo en su momento de paz. Era imposible que fuera Mónica puesto que se acababa de marchar, y era demasiado tarde para que fueran las encargadas de la limpieza, así que seguramente era alguien que se había equivocado de número de habitación. Siguió unos segundos más con los ojos cerrados, pero ante la insistencia del visitante, que parecía no querer darse por vencido, apartó su sueño de desconectar y relajarse, y salió gruñendo del agua. Se envolvió